

EL FUJIGOLPE: Salida autoritaria a una crisis de representación política

Aldo Panfichi.
Sociólogo.

El golpe contra el orden democrático constitucional dado por el presidente Alberto Fujimori el pasado 5 de abril, ha merecido la entusiasta aprobación de casi todos los sectores sociales del país. Este multitudinario apoyo, sin embargo, no es compartido por la clase política nacional que en su conjunto y sin distinción ideológico cierra filas en defensa de la Constitución de 1979, denuncia el establecimiento de una dictadura cívico militar, y exige su retiro inmediato. Las posiciones opuestas frente al golpe, tanto de la mayoría ciudadana como de sus líderes políticos, revela con claridad la profunda crisis en la que se encuentra la representación política en el Perú de nuestros días.

El presente artículo, enfatizando una perspectiva de análisis sociológico, busca llamar la atención sobre algunos procesos de cambio de larga duración de la sociedad peruana que estarían detrás de esta crisis de representación. Obviamente, dado lo reciente de los acontecimientos, ésta no pretende ser una interpretación acabada sino una propuesta parcial que incentive el debate académico y político. Tres son los procesos de cambio en nuestra sociedad que quisiéramos examinar: el creciente abismo entre el Estado y la sociedad; la consolidación de liderazgos carismáticos en contextos de crisis y desesperanza; y el pragmatismo como norte en los comportamientos sociales y políticos del pueblo.

I. EL PERU OFICIAL Y EL PERU REAL

La dicotomía entre el Perú oficial y el Perú real es una característica fundacional de nuestra sociedad moderna. Desde el momento mismo del establecimiento de la República peruana se inició un proceso de construcción de un Estado nación basado en un modelo de ingeniería social vigente en Europa en el siglo XVIII. Dicho modelo tuvo éxito en impulsar formas de identidad nacional en poblaciones con fuertes homogeneidades étnicas y lingüísticas. De lo que se trataba era de construir un conjunto definido de ideas, símbolos, sentimientos y costumbres con los cuales el conjunto de la población de un territorio determinado se sentirían identificados al punto incluso de ofrendar sus vidas en su defensa (Hobsbawm, 1990).

Con esta idea de construcción de nación, las élites peruanas yuxtapusieron sobre una masa indígena mayoritaria, una institucionalidad política y administrativa copia y calco de algunas experiencias nacionales europeas. Se pensaba que con el transcurrir del tiempo, y a fuerza de las repeticiones, el Perú se iría convirtiendo en un nación moderna. Entendida esto como un proceso de homogenización social y cultural mediante el cual irían desapareciendo las formas «atrasadas» de existencia y las identidades étnicas e indígenas, para dar paso a una sociedad que canalizara sus conflictos y representaciones a través de las instituciones políticas establecidas.

Lamentablemente, la historia reciente del país muestra que, a pesar del tiempo transcurrido, esta idea de nación sigue siendo un proyecto de difícil concreción. En efecto, si bien se ha avanzado en la construcción de ciertos símbolos nacionales y en la definición de algunos elementos característicos de «lo peruano», difícilmente podemos afirmar que somos una nación cohesionada. Por el contrario, amplios sectores del país continúan, en una u otra forma, reclamando se les considere ciudadanos con iguales derechos frente al Estado y, al mismo tiempo, reivindicando con entusiasmo o amargura sus diferencias étnicas o regionales.

Lo más grave, a mi criterio, es que con las rápidas transformaciones de la sociedad peruana de las últimas décadas (migración masiva del campo a la ciudad, cambios en el mercado de trabajo, informalidad, masificación de la educación, redefinición de expectativas y crisis económica), se ha acrecentado aún más la ya histórica disfuncionalidad entre el funcionamiento político y administrativo del Estado y la vida cotidiana de la mayoría de los peruanos. En efecto, pareciera que el Estado y la sociedad estuvieran gobernadas por lógicas de funcionamiento distintas y con pocas áreas consensuales de encuentro entre ambas. De ahí el hartazgo de la población frente a los «políticos» y su propensión por identificar a dos aparatos del Estado, el Parlamento y el Poder Judicial, como los causantes principales de los males del país.

* Candidato al doctorado en Sociología, The New School for Social Research, New York. Fue profesor en la Universidad Católica e Investigador de DESCO y del Instituto de Estudios Peruanos.

En medio de este desencuentro, en los últimos años han habido síntomas inequívocos que un amplio sector del país venía buscando, a tientas y por fuera de la clase política tradicional, su propia identidad y representación política. Fujimori no sería el primero sino el último de una serie de apuestas políticas en esta dirección. La primera habría sido por la izquierda marxista en las elecciones para la Asamblea constituyente de 1979, donde sorpresivamente obtuvo el 29.4% de la votación. Hugo Blanco, un ex-guerrillero vestido con ojotas y sogá al cinto, obtuvo casi sin propaganda la tercera votación detrás de Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Bedoya Reyes. Poco después, en 1983, Alfonso Barrantes, un tímido abogado provinciano fue el primer alcalde marxista de una capital latinoamericana elegido por voto popular. Blanco y Barrantes, no obstante sus opuestos estilos personales, tenían en común provenir de «afuera» de los círculos de la clase política tradicional. Eran además cholos, provincianos, marxistas, y con una base social de origen mayoritariamente andina (Degregori, 1991). Sin embargo, ambos fueron liderazgos efímeros debido a sus fracasos en convertir la simpatía ciudadana en un apoyo político más consistente.

En 1990, la sorpresa es aún mayor con la abrumadora victoria electoral del Ing. Alberto Fujimori. El «tsunami», al igual que en sus orígenes Blanco y Barrantes, también proviene de «afuera» de la clase política y su electorado inicial son los excluidos del país oficial: campesinos de las provincias más pobres, migrantes de los barrios populares de las ciudades, ambulantes e informales, dueños de pequeños talleres, y otros sectores de clase media empobrecida (Grompone, 1991). Doce meses más tarde, cuando el presidente Fujimori decide dar un autogolpe y reorganizar el sistema político y administrativo del Estado, muy pocos ciudadanos se sienten comprometidos en su defensa. Los representados no salen en defensa de sus representantes. No los «sienten» suyos. Esta es la naturaleza de la crisis de representación de las instituciones democráticas y de la clase política, que el golpe ha puesto al descubierto.

II. UN LIDERAZGO CARISMÁTICO

El derrumbe del sistema político democrático ha ocurrido por su incapacidad de responder a las exigencias ciudadanas que surgen de un contexto de crisis económica, violencia política y generalizada desesperanza. Una situación de esta naturaleza impacta extraordinariamente en la vida cotidiana y en las certidumbres básicas de las personas. Los cambios ocurren de manera imprevista y las respuestas de otrora han perdido la eficacia de antaño. En este vacío de alternativas se generan las condiciones para el surgimiento de líderes carismáticos o antihéroes con los cuales la población se identifica y que, al mismo tiempo, ofrecen soluciones expeditivas y muchas veces autoritarias a los entrapamientos sociales y económicos. Este pareciera ser el caso del presidente Fujimori y su abrumador respaldo ciudadano.

Tengo la impresión que la identificación de amplios sectores del país con Fujimori descansa en un sustrato de experiencias comunes vividas tanto por el líder como por las masas que lo apoyan. Quisiera señalar algunas de ellas. En primer lugar, tal como indica Carlos Franco (1990), se encuentra la experiencia de la migración que para muchos peruanos ha constituido la decisión psicológica, social y cultural más importante de sus vidas. No se trata de un mero traslado físico del campo a la ciudad sino de una suerte de inmigración a otro país. De un Perú rural, pobre, atrasado, provinciano, cholo e indio al Perú urbano, moderno, limeño y criollo. Desde el punto de vista de los migrantes éste ha sido un proceso a todas luces exitoso. Si pensamos en las disparidades en las condiciones de vida entre uno y otro polo del país, es indudable que la migración ha traído ventajas comparativas en términos de acceso a ciertos servicios y mayores posibilidades de sobrevivencia. No quiero decir que estos migrantes han dejado de ser pobres, aunque quizás sus hijos lo dejen de ser en el futuro. Pero una cosa es ser pobre en los Andes y otra en los barrios populares de Lima.

No debemos olvidar, además, que estos migrantes convertidos en pobladores han transformado completamente el rostro económico, social y cultural de las ciudades. Han creado instituciones donde no les era permitido. Han construido con trabajo colectivo sus propios barrios más allá de los límites de la ciudad moderna. Han informalizado la economía urbana al punto que el terreno comercial más caro de Lima se encuentra en el Jr. Gamarra, en los alrededores de la Parada, y no en los centros comerciales de La Molina o Monterrico. Todo esto acompañado de una dinámica presencia cultural que es visible en calles y plazas así como en los medios de comunicación de masas.

El presidente Fujimori, no obstante su origen asiático, tiene una historia personal muy similar a la de estos anónimos migrantes andinos. Sus padres fueron migrantes japoneses que trabajaron como peones en la agricultura costeña para luego venir a Lima en busca de un futuro mejor. En la capital, trabajaron duro como porteros de un colegio fiscal en el distrito de La Victoria, al tiempo de iniciar pequeñas actividades comerciales que permitieron educar a sus hijos en colegios y universidades del Estado. Alberto Fujimori, al igual que muchos hijos de migrantes, tomó el mito de la educación como vía de realización personal. Fue a la Universidad, se recibió de Ingeniero Agrícola y luego se dedicó a la docencia. Un camino de logros sociales que lo aproxima a la experiencia personal de muchos ciudadanos de este país.

Una segunda experiencia común entre las mayorías ciudadanas y el presidente Fujimori es la discriminación étnica y el racismo. Este es un tema para los peruanos particularmente doloroso porque toca mucho de nuestra propia experiencia personal y familiar. No es extraño, entonces, que lo hayamos negado por mucho tiempo argumentando que el mestizaje habría borrado de la memoria colectiva consideraciones de esta índole. Sin

embargo, las circunstancias que rodearon la elección de Fujimori así como los ataques hacia él dirigidos por algunos líderes políticos que enfatizan su falta de «peruanidad», por no comportarse como un «caballero» ni hablar «bien» el español, revelaron de manera descarnada la asolapada vigencia de valores discriminatorios basados en consideraciones étnicas.

La persistencia de ciertos criterios culturales de exclusión social tiene que ver con lo que los sociólogos han denominado la herencia colonial de las élites peruanas. Es decir, la creencia que «lo mejor» viene de los países blancos desarrollados, que los indios y negros tienen una condición inferior, y que el camino al progreso exige asumir el universo cultural de las sociedades de occidente. Basta ver las imágenes que nos transmite la televisión así como los paradigmas publicitarios para entender que esto es así. La experiencia de discriminación, expresada cotidianamente en frases como «cholo de m...» o «indio igualado», tiene un sustrato común con las experiencias vividas por la comunidad japonesa en el Perú durante la primera mitad del presente siglo.

En efecto, tal como nos acaba de recordar el historiador Pablo Macera (1992), los migrantes japoneses llegaron al Perú a trabajar en los latifundios costeros como mano de obra agrícola. Luego de más de treinta años de arduo trabajo y paciente ahorro, estos migrantes estuvieron en condiciones de liberar a sus hijos del trabajo con la lampa. Para ello, se mudaron a las ciudades donde en base al esfuerzo familiar iniciaron pequeños negocios como peluquerías, restaurantes y bodegas de esquina. Sin embargo, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y el enfrentamiento bélico entre Japón y Estados Unidos, muchos de estos pequeños negocios fueron saqueados e incendiados con el objetivo político de quedar «bien» con los países aliados. Un numeroso contingente de peruanos de origen japonés, además, fueron deportados a campamentos de concentración en California. Y es que, en palabras de Macera, más allá de la incorporación de estas memorias en una persona individual, sea ésta Fujimori o no, estas experiencias unen a la comunidad japonesa local con la mayoría chola e india del país, al tiempo que la separan de la clase media alta y alta peruana. Me atrevo a pensar que esta situación ha estado presente desde un inicio en lo que se ha venido a llamar el fenómeno Fujimori.

Finalmente, en los últimos 20 años la sociedad peruana en su conjunto ha experimentado la ilusión, y el posterior fracaso, de una serie de intentos políticos de transformación del orden social. Con distintos estilos y contenidos, tanto Velasco, Morales Bermúdez, Belaúnde, y Alan García generaron ilusiones de progreso y justicia para luego retirarse dejando al país peor de lo que lo encontraron. Esta sucesión de fracasos, cuya punta máxima de desgobierno e ineficacia fue el descalabro económico del gobierno aprista, ha generado en todas las clases sociales y grupos étnicos un fuerte sentimiento de frustración y hartazgo con la política tradicional y los políticos. Por ese motivo, cuando la violencia terrorista y la inmoralidad amenazan seriamente la viabilidad del

Perú como nación, de esta frustración emerge en la población elementos de una cultura autoritaria que privilegia el orden y la mano dura como mecanismos de evitar la desintegración del país.

Los elementos autoritarios de la cultura peruana tienen diverso origen. Están presentes tanto en la cultura de las comunidades campesinas de los Andes como en los barrios periféricos de la Lima de hoy. Asimismo, en las clases medias y altas, perdura la tradición señorial de un hombre fuerte en la política que combina paternalismo con coerción. En uno u otro caso, cuando los problemas arrecian, la tentación de quebrar las reglas de convivencia democrática es muy fuerte en todos los sectores sociales. Más aún, cuando no parece existir en las mayorías una lealtad ideológica con el sistema, sino otra basada en cálculos pragmáticos de costos y beneficios. De esta manera, quizás podamos entender el consenso ciudadano frente al autogolpe del presidente Fujimori, y su entusiasta aceptación a que todos los poderes del Estado estén concentrados en un líder carismático autoritario que tiene la misión, una vez más, de intentar la reorganización del orden social y político del país.

III. PRAGMATISMO EN LA POLÍTICA

Si observamos con detenimiento el curso de la historia social del Perú durante el presente siglo, no podemos negar la existencia detrás del péndulo de dictaduras y democracias de una tendencia en el pueblo, de búsqueda incesante del progreso material y de sus propias formas de representación política. Siendo ésta la tendencia en la larga duración, las lealtades de la ciudadanía en las distintas coyunturas históricas, no han estado definidas por el compromiso ideológico con una determinada organización política, sino por el cálculo pragmático de los costos y beneficios que significaría el hecho de apoyar a uno u otro gobernante. Por ese motivo, las lealtades no han sido estables sino mediatas y provisionales, sujetas a una evaluación racional permanente en función de logros concretos.

En la primeras décadas del presente siglo, en ausencia de perfiles sociales más definidos, las prácticas políticas predominantes eran la búsqueda de compromisos clientelistas con caudillos populistas de viejo estilo, con el claro objetivo de obtener beneficios materiales tanto individual como colectivamente. Este sería el caso de los gobiernos de Leguía, Sánchez Cerro, y Odría entre otros. Décadas más tarde, cuando el desarrollo capitalista perfila mejor la estructura de clases en el país, los partidos políticos asumen formas más modernas (con programas, ideología, y formas de organización territoriales o funcionales), pero en el fondo continúan siendo partidos organizados para satisfacer clientelas mal llamadas «bases» partidarias. Estos partidos-clientela, llámense Apra, Acción Popular, PPC o Izquierda Unida, tuvieron capacidad de recibir apoyo popular mientras la situación económica era relativamente estable y el Estado tuvo recursos que repartir (Jaime de Althaus, 1992).

La situación cambia radicalmente con la crisis económica y el derrumbe del Estado. Los partidos-clientela, debilitados en su capacidad de lograr beneficios concretos, empiezan a perder las lealtades ciudadanas ganadas en períodos anteriores. La población «sabe» que ellas han perdido eficacia y con pragmatismo les retira su apoyo y representatividad. Los partidos también ponen lo suyo en este proceso de deslegitimación, al enfatizar una política de gestos inútiles, casos de corrupción, e ineficacias.

Sin apoyo ciudadano, estos partidos se convierten en cúpulas burocráticas, alejadas de la sociedad real y sin capacidad de liderar la política nacional.

De este divorcio entre representantes y representados, Fujimori recoge la fuerza social necesaria para intentar autoritariamente la transformación del país. El pueblo aspira a que la situación mejore, o por lo menos, a que se creen las condiciones para que sus hijos puedan mejorar. También a que la democracia funcione depositando sus esperanzas de reforma en el «chinito». No debemos olvidar, sin embargo, que ésta es también una apuesta pragmática con plazos determinados y no lealtades incondicionales. De la

capacidad de Fujimori de satisfacer estas necesidades dependerá la suerte de su gobierno.

Bibliografía

De Althaus, Jaime, 1992 «Por que se rompió la democracia?», Expreso, 12 de abril de 1992

Degregori, Carlos Iván, 1991 «El Aprendiz de Brujo y el Curandero Chino—etnicidad, modernidad y ciudadanía—» En Demonios y Redentores en el Nuevo Perú, Colección mínima 22, IEP.

Franco, Carlos, 1990 «Exploraciones en otra modernidad. De la migración a la plebe urbana», mimeo.

Grompone, Romeo, 1991 «Fujimori: Razones y Desconciertos», En Demonios y Redentores en el Nuevo Perú, Colección mínima 22, IEP.

Hobsbawn, Eric, 1990 Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality, Cambridge University Press, New York.

Macera, Pablo, 1992 «A propósito del Fujigolpe: Entrevista a Macera», En Debate, Edición Abril-Mayo, Apoyo S.A.